

Ricardo Tejada

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO, CRÍTICO DE ORTEGA Y GASSET

Me propongo presentar aquí una somera visión -provisional y por lo tanto corregible- de la presencia de la obra de Ortega en los ensayos de Sánchez Ferlosio. Esta fase previa me permitirá ahondar poco más tarde en una cuestión más precisa que es la del tiempo y, en general, la de la historia en ambos autores. Mi intención es que esta visión sea lo más rigurosa posible, todo y cuando tendré presentes ciertas dificultades obvias que se presentan a esta tarea. Por un lado, la obra de Ferlosio está afortunadamente inconclusa, con lo que nuevos libros suyos nos obligarán a aquilatar mejor lo aquí propuesto, y, por otro lado, mi vida intelectual está implicada en lo que voy a exponer pues antes de leer de manera sistemática la obra de Ortega he de confesar que había sido y sigo siendo un joven –ya no tanto- admirador del espíritu crítico ferlosiano, allá por los años ochenta. De cómo en estos diez últimos años, viviendo fuera de mi país, he ido rehabilitando, en parte, el legado orteguiano y de cómo he profundizado en la obra de Ferlosio, familiarizándome más con ella, con todo lo que eso entraña, es algo de lo que no merece la pena hablar ahora, por lo prolijo y sobre todo petulante que sería, pero sé que estas pocas líneas harán entrever al lector una mínima parte de esta doble experiencia intelectual...

Ferlosio y Ortega, que es así como llamaremos a cada uno, tienen –a decir verdad- pocos rasgos en común. Son ambos madrileños, el primero más bien de adopción, y coinciden en haber estudiado en un colegio de Jesuitas, coincidencia que, no sin ser meramente anecdótica, no es nada rara pues muchos de los intelectuales españoles del siglo pasado tuvieron esta formación¹. A partir de aquí todo son disparidades: uno (Ortega) fue un intelectual eminentemente central, polarizador en torno a él de múltiples círculos de sociabilidad artística y filosófica, faro y vigía de la altura de los tiempos, mientras que el otro (Ferlosio) ha sido y es un intelectual situado, en rigor, en una posición excéntrica, (por mucho que le hayan dado el Premio Cervantes y haya escrito en los periódicos de gran difusión y prestigio), más proclive a la misantropía que a ser un hombre de mundo, francotirador impenitente, poco

1 . Sobre la formación de Ortega pueden consultarse los siguientes pasajes de libros: Javier Zamora Bonilla, *Ortega y Gasset*, Plaza & Janés, 2002, pp.31-37 y sobre la de Ferlosio, sólo tenemos por el momento su texto autobiográfico: «La forja de un plumífero», en revista *Archipiélago*, n° 31, 1998, p.74. Ambos viven en un internado de jesuitas, el primero en el Colegio de San Estanislao de Kotska, en Miraflores de El Palo, Málaga, entre 1891 y 1897, y el segundo en el Colegio de San José, de Villafranca de los Barros, entre 1941 y 1944.

dado, por lo demás, a las modas o a las tendencias más rabiosamente actuales. El primero hizo incursiones ocasionales en la política y fue espectador y actor de relieve de la tormentosa primera mitad de siglo XX; el segundo, por el contrario, ha vivido intensamente la más plácida, no por ello menos terrible, segunda mitad del siglo XX, sin haber tenido nunca –que yo sepa– una participación activa en la política española. El ensayismo orteguiano bascula entre el intervencionismo epidéctico y judicial de «El error Berenguer» y el paseante, curioso, espectador, mundano, y sobre todo, leibniziano, de sus *Notas de andar y ver*, mientras que el ferlosiano es mucho menos vitalista –la vida es gris, y la teoría verde, dirá–, más dialéctico-humanista (para que se me entienda, una especie de Antonio de Guevara disfrazado de Adorno o de Benjamin o viceversa) y más procedimental-escolástico, adoptando recursos retóricos del lenguaje jurídico para dar una nueva vuelta de tuerca a un recurso retórico del que ya Ortega había sacado mucho partido y que es la digresión. Ortega, en fin, no hizo ninguna incursión en la narrativa, mientras que Ferlosio, a pesar de haberla abandonado, sigue cultivándola, aunque de una manera mucho menos pública y visible que su ensayística. Notemos, por último, que raras veces Ferlosio habla o teoriza acerca de la novela en tanto que tal –sí acerca de la temporalidad narrativa en los cuentos y sueños–, cuando para Ortega fue un foco de atención privilegiado.

Dejemos estas notas por todos sabidas y adentrémonos en la trayectoria o, mejor dicho, en la «forja de un plumífero» llamado Rafael Sánchez Ferlosio. Desconozco si en los años del Instituto de Humanidades, creado como se sabe por Ortega y su fiel discípulo Marías, Ferlosio asistió a los cursos o, cuando menos, acudió a ver al «maestro en el erial» impartir su famoso ciclo sobre el *El hombre y la gente* en el otoño de 1949, tal y como lo hizo su amigo Juan Benet y el amigo de éste Luis Martín-Santos². Lo que sí parece es que Ferlosio había colaborado previamente en la revista *Alférez*, en torno a 1947, de tono orteguiano y joseantoniano³. Con la precaución debida, por no haber leído los posibles artículos que pudo escribir en esta época, me inclino a pensar que estuvo desde siempre distante del orteguismo otoñal de los años cuarenta y cincuenta, lo cual no impide que estuviese bajo su influjo, cuando menos, por obra y gracia de su padre, Rafael Sánchez Mazas. Su primera toma de contacto con libros de Ortega le vendría de él y no dudo de que su progenitor –casi tanto como

2 . Consúltese el testimonio de J.Benet, *Otoño en Madrid hacia 1950*, p.140. También en Gregorio Morán, *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Tusquets, 1998, pp. 260-262.

3 . Al desconocer los artículos que escribió en dicha revista, no se puede ir más allá de esta constatación hecha por Gregorio Morán en su polémico y salutífero libro, *El maestro en el erial*, op.cit., pp.306-308.

sus « camaradas » de Falange, Dionisio Ridruejo, Ledesma Ramos o el mismo José Antonio Primo de Rivera- se sintiese interesado, de un modo o de otro, por la figura de Ortega⁴. No podemos olvidar que su padre escribió en el ABC, el 19 de octubre de 1955, un artículo de encomio, a raíz de la muerte del filósofo madrileño⁵. Aspectos relevantes de la vida de Sánchez Mazas han sido tratados con perspicacia por Javier Cercas en los pasajes más discursivos de su ficción híbrida *Soldados de Salamina*, y me remito a ellos, pero no veo aquí el lugar de aludirlos con relación a lo que nos ocupa. Todo este terreno habrá que desbrozarlo en un futuro pues no tenemos actualmente muchos datos al respecto, pero me limito a apuntarlos como pista a explorar⁶.

Sea lo que fuese, la nueva generación de narradores que despuntan en los años cincuenta, y en especial los que se reúnen en el café « Gambrinus », por no hablar de Semprún, de los Goytisolo o de los poetas sociales, van a dar la espalda resueltamente a los presupuestos filosóficos e ideológicos de lo que entienden por aquel entonces como orteguismo : historicismo, elitismo, idealismo burgués, liberalismo taciturno...Es el comienzo del reflujó de Ortega en el paisaje intelectual español, señalado incluso por su más conspicuo discípulo, Julián Marías, en sus memorias⁷.

A partir del éxito de *El Jarama* y hasta 1972, Ferlosio inicia una nueva navegación que ha calificado recientemente como aquellos años de submersión “en la gramática y en la anfetamina”⁸, de encierro estudioso y de fármacos varios...Es digno de resaltar que el autor que polariza su atención en estos años es el filósofo del lenguaje, Karl Bühler, sobre el cual Ortega escribió precisamente en el pasado dos breves artículos y de cuya obra impulsó su

4 . En el artículo autobiográfico antes mencionado, Ferlosio dice lo siguiente : “ya entonces [antes de la guerra] se reía [mi padre] de la pasión que por Ortega (involuntario precursor de la Falange) demostraba [José Antonio] Primo de Rivera, y, como éste tenía, creo que sobre la chimenea de su despacho de la calle de Serrano, un retrato dedicado del ínclito filósofo, mi padre se burlaba de José Antonio, señalando el retrato y diciendo : « ¡La estampita, la estampita ! »”, *ibid.*,p.72.

5 . Ver Víctor Olmos, *Historia del ABC*, pp.401-402.

6 . Javier Cercas, *Soldados de Salamina*, Círculo de Lectores, 2001. También se puede consultar el artículo del mismo autor « No se pierdan a Ortega », publicado en *El País Semanal EP[S]*, 19/12/2004.

7 . Julián Marías, *Una vida presente. Memorias*, 3 vols., Alianza Editorial, 1988.

8 . Ver « La forja de un plumífero », *op.cit.*, pp.74-75.

traducción y edición⁹. Lo que en el filósofo madrileño es simple curiosidad intelectual por las cuestiones del lenguaje y, sobre todo, interés especial por la cuestión de la expresión, que él la concibe en clave más o menos fenomenológica, en Ferlosio adquiere una consistencia teórica de tal calado que va a impregnar todo su ensayismo ulterior. Se puede hablar, en este sentido, de un verdadero « giro lingüístico » con respecto al filósofo madrileño, que tuvo, desde el principio, como efectos más decisivos la desaparición en Ferlosio de todo ese fondo más o menos fenomenológico y « raciovitalista » que ha sido y es la tierra nutricia del orteguismo. El Bühler ferlosiano es un Bühler netamente orientado al problema de los tiempos verbales, de los nombres propios, de toda la trama que conforma el sentido. Gracias a él descubre que es en el lenguaje en donde radica el origen de los fanatismos, de las mistificaciones, de las falsificaciones, pero que también es en él en donde nos quedan unas briznas de emancipación. Sé que ésta es una palabra que no la utiliza, pero déjenme reivindicar todavía su uso en estos inicios del siglo XXI.

Deleuze decía en sus últimos años que el gusto filosófico era un elemento de comprensión, de las afinidades y desaveniencias entre filósofos, más importante de lo que se había pensado, más relevante incluso que las desaveniencias teóricas. Y qué duda cabe que en el gusto juega un papel relevante el « estilo » del autor, su modo de entenderse y de pelearse con las tradiciones retóricas, el timbre de su voz y la manera como piensa en la sucesión de silencios y de pausas de su propio discurso. Me parece que estos factores han sido aún más decisivos en el caso Ortega y no es baladí el hecho de que la mayor parte de sus seguidores y de sus detractores hayan hecho alusión a algunos de ellos para justificar o, cuando menos, reafirmar su filiación o su disidencia. Es del todo punto evidente que a Ferlosio, como a bastantes de nosotros que por otras razones bebimos en otras fuentes filosóficas, el estilo a menudo « florido » de Ortega se le atragantó y, en su caso, se le sigue atragantando. Lo que precisamente le ha desagradado no es su sintaxis, porque eso es precisamente lo que Ferlosio se encargará de estirar, de torcer y retorcer a conciencia, hasta labrarlo en un pensamiento desenmascarador que sólo en la forma recuerda al estilo asiánico de los jesuitas del XVII, sino su uso lúdico, didáctico y visual de la metáfora, en estos dos últimos rasgos también muy jesuítico-asiánico.

⁹ . Prólogo a "Teoría de la expresión", por Karl Bühler (1950), en J.Ortega y Gasset, O.C., 1983, vol.7. En español, tenemos del lingüista alemán la siguiente edición : Bühler, Karl. *Teoría del lenguaje*. Madrid: Ed. Revista de Occidente, 1967. La edición original es de 1934, bajo el título de *Sprachtheorie*.

Ferlosio nunca alude a los cursos de Ortega, los cuales adoptan –como saben ustedes- un marchamo mucho más metafísico y un estilo mucho más austero y comedido en el despliegue metafórico que los ensayos y los artículos periodísticos. La metáfora del naufragio, tan decisiva en dichos cursos por su capacidad plástica de ahondar en los problemas filosóficos, nunca es mencionada por él¹⁰. Lo que le enoja de su estilo es el uso de la metáfora en los ensayos y en los artículos periodísticos, bien es cierto, a menudo poco comedido y en ocasiones ríspido y acicalado. Sus descalificaciones a este respecto son tajantes, provocativas y, quizá, poco matizadas. Frecuentemente, califica el estilo de Ortega de « hortera », de « cursi », de « dandy » e incluso llega a acuñar un neologismo irónico para denominar las - según él- ocurrencias orteguianas : los « ortegajos »¹¹. No quiero llevar forzosamente agua al molino ferlosiano, pero es cierto que adjetivaciones inusuales como “desprecio electrocutante”, “bicorne problema”, “el coboldo asalariado” o “las horas semovientes”, por poner unos ejemplos, o metáforas inútiles con “la geotécnica de la gran cordillera filosófica” o “la turbina del deseo” no responden a la sensibilidad de un lector contemporáneo español, y lo que es más preocupante, de cara a su proyección en el exterior, no terminan de casar en tradiciones retóricas mucho más áticas como la francesa.

Si, por otro lado, comparamos la teoría de la metáfora en Ortega y la de Ferlosio podemos darnos cuenta de la proximidad y de la distancia que hay entre ambos. Tanto uno como otro coinciden en que la metáfora es traslación de un sentido propio a uno figurado. Ferlosio no se interroga en excesivo sobre esta cuestión, tal y como lo hace Ricoeur o, de una manera más incisiva, Derrida. Aristóteles y Ortega parecen seguir siendo para él una referencia ineludible. Ahora bien, dos líneas de investigación son innovadoras con relación a Ortega. Por un lado, no le interesa que la metáfora sea órgano cognitivo en las ciencias. Esa acuñación de la metáfora en concepto y ese desgaste de la metáfora en palabra común, que Ortega retoma en parte de Nietzsche, no parece merecer su interés. Tampoco le merece interés el que la metáfora sea la célula bella de la poesía y de la literatura. La idea de que la metáfora en su libérrimo ludismo dé gato por liebre, diciendo las cosas en su nacer, le trae sin cuidado. Y sin

10 . Me permito remitirme a dos artículos del autor de este trabajo : « La metáfora del naufragio en Ortega y su pregnancia en algunos orteguianos », *Revista de Estudios Ortegaianos*, Madrid, nº7, 2003, pp.139-172 y « Le naufrage chez Ortega: naufrage ou victoire ironique de la métaphore? », *Les Langues Néo-latines* Paris, nº329, 2004, pp.25-62.

11 . Consúltese, como botón de muestra, los siguientes pasajes de R.Sánchez Ferlosio, *Ensayos y artículos*, (de ahora en adelante : *EA*), vol.II, 1992, pp.303, 494 y 563.

embargo...y sin embargo, Ferlosio incide plenamente, en sus análisis, en el momento del nacimiento de la metáfora sólo que desde un punto de vista eminentemente genético –lo que no había hecho Ortega- es decir, atendiendo a cómo la metáfora se genera en el habla de los niños. El ejemplo de Ferlosio ya no es el famoso ejemplo orteguiano de « el ciprés como llama », extraído del poeta modernista López Picó, sino la manzana llena de « tuberías » en donde puede haber un gusano, frase enunciada por una niña de tres años¹². ¿Cómo una niña, sin tener conciencia de la distinción de dos áreas semánticas, la de la manzana agujereada y la de la casa atravesada de tuberías, pudo enunciar semejante oportuna analogía ? Para Ferlosio, la clave está en el núcleo del concepto, y la verdadera creación de metáforas, que en realidad no lo sería tal, sería aquella que retrocediese a su génesis y, en vez de bailar arbitrariamente entre diferentes áreas semánticas, estallase en la pura *manifestación* del núcleo conceptual.

Decía que Ferlosio cita más bien los ensayos de Ortega, pero ¿cuáles exactamente ? Pues bien, cita aquellos ensayos – y no es una casualidad- que más gozaron de predicamento en los medios falangistas : *España invertebrada*, *El origen deportivo del Estado*, y en menor medida *Hegel y América*¹³. Del primero retiene la metáfora de « invertebración » y sin entrar a valorar su oportunidad política hace de abogado del diablo al utilizarla en su argumentación contra la claudicante expresión de Felipe González, allá por 1982, de que el Ejército era la columna vertebral del Estado español¹⁴. Ferlosio subraya con finura el carácter de « espejismo » o de « subrogación » metonímica de ese sentimiento corporativo de no sentirse parte del todo y creerse el Todo, denunciado por Ortega. Pero da un paso más, que en su momento me pareció una fidelidad excesiva a su maestro Weber y que la transformación ulterior del ejército en profesional no ha alterado mi juicio, y es sostener que la ciudadanía va de la mano, a lo largo de la historia, de un ejército verdaderamente nacional basado en la conscripción. A mi modo de entender, al pretender criticar la deriva autoritaria del primer gobierno socialista, y, simultáneamente, democratizar la nacionalización del Estado preconizada por Ortega, Ferlosio cae en una petición de principio, claramente utopista, la de pretender que el ejército español haya sido en algún momento de su historia un ejército verdaderamente nacional y

12 . Ver respectivamente : J.Ortega y Gasset, « Ensayo de estética a manera de prólogo », 1914, (en *La deshumanización del arte y otros ensayos de estética*, Espasa Calpe, col.Austral, pp.139-162) y R.Sánchez Ferlosio, « Sobre la transposición », 1975, (en *EA*, vol.II, , pp.47-85).

¹³ . Sobre los componentes prefalangistas de *España invertebrada*, me remito a un artículo del autor de este trabajo : *Lo nacional y lo liberal en el pensamiento político de Ortega y Gasset*, en *Cuadernos de Alzate*, 1999, nº20, pp.13-50, en especial pp.31-33.

14 . Me refiero al ensayo ferlosiano *Campo de Marte. I. El Ejército nacional*, Alianza Editorial, 1986.

democrático y la de confundir -¡lástima, por una vez el historicismo nos es necesario !- conceptos de ciudadanía, como el romano, el medieval, el renacentista y el moderno, que no son en absoluto parangonables y equiparables dentro del mismo plano.

En cualquier caso, su ensayo *Campo de Marte. El Ejército nacional*, publicado pocos años más tarde de las conmemoraciones del centenario del nacimiento de Ortega, me sigue pareciendo el texto menos antiorteguiano de Ferlosio, o para ser más justos, el libro más mimético y cortesmente polemizante con respecto a *España invertebrada* pues al mismo tiempo que adopta recursos eruditos e historiográficos que se asemejan a los de Ortega, incidiendo ambos en la actualidad política, se aleja sibilina de sus planteamientos históricos, como se puede apreciar, por ejemplo, si se fija uno en el tratamiento de los visigodos en ambos libros.

Allí donde Ferlosio se aleja más de Ortega es en el análisis del surgimiento del Estado y en la valoración de la guerra. La idea de que el Estado y las libertades con ellas asociadas fuesen el fruto de un impulso vital de los nobles, de unas franquías, por las cuales los privilegios se convirtieron en derechos, le es absolutamente rechazable. Ferlosio ve con razón en todo esta genealogía de signo post-nietzscheano un acicate e incluso una apología camuflada de los ímpetus fascistas, por mucho que Ortega no fuese plenamente consciente de ello y por mucho que condenase con brío la acción directa como recurso político. La propuesta alternativa de Ferlosio, que pretende contrarrestar con razón el idealismo de tres al cuarto de ciertos « demócratas », consiste en defender, de manera realista, que el Estado se define por el monopolio de la violencia. Ferlosio vuelve a cobijarse en su vademécum weberiano, que a mi modo de entender necesitaría de unas cuantas correcciones y matizaciones, eso sí, aportando una idea muy sugerente, que ha desarrollado en múltiples ocasiones, y es la de que el formalismo jurídico ha sido una barrera contra todo tipo de abuso y el garante de un verdadero Estado de derecho. Es esta idea de formalismo jurídico la que le permite también defender la idea de que la guerra se encanalló definitivamente desde el momento en que se tuvo que aducir el carácter justo o injusto de tal o tal guerra. Proceso que ve en ciernes en Cicerón y que aboca al desdén de Eisenhower por todo gesto caballeresco con sus enemigos. Nada que ver, en este sentido, con las loas estetizantes a la guerra, como elemento vital y creador en la historia, de un Ortega. Notemos, por lo demás, que las preferencias políticas de Ferlosio se dirigen a la época republicana de Roma, mientras que Ortega no sólo admira fervientemente a Cicerón sino que muestra sus preferencias por la época imperial romana.

La historia es otro terreno de enfrentamiento entre nuestros dos autores. Sin entrar en la cuestión de que en Ortega es la razón narrativa de la vida la que se va declinando en forma de razón histórica, Ferlosio rechaza el biologismo historicista de Ortega, más acusado –aunque no lo dice- en los años veinte, por ejemplo, en su *El origen deportivo del Estado* que en los años cuarenta. En este ensayo ve el paradigma de toda apología del “impulso de dominación”. El entusiasmo que Ortega muestra por el progresivo modo de incorporación en que consistió la formación de los imperios y, en particular, por el español, es ajeno a Sánchez Ferlosio y, me atrevería decir, a todo hombre realmente consciente de lo ocurrido en el mundo desde 1936 e incluso desde 1914. Quizá, al no participar España en la Primera Guerra Mundial, la intelectualidad española pudo pagar un tributo que fue cierta ingenuidad. Los franceses lo pagaron también bajo la forma de un pacifismo mal entendido.

En cualquier caso, Ferlosio rechaza la definición orteguiana de nación: « un proyecto sugestivo de vida en común », calificándola de “solemne tontada con la añadidura de la grima que da la cursilería del epíteto « sugestivo » (...) hay que poder contestar con los documentos en la mano cuál fue ese proyecto, quién lo hizo, cuándo lo hizo, y para quién, de qué modo y por qué fue sugestivo (...) sujetos, lo que se dice sujetos, no existen en principio más que el individuo humano o animal”¹⁵. Es indudable que en la cuestión metafísica del sujeto Ferlosio se sitúa en el filo peliaguado entre dos posiciones que recusa: la de los que hipostasían la nación, la humanidad o el Estado, convirtiéndolos en sujetos colectivos, y la de los nominalistas ultraliberales, tal y como él los denomina, que no ven en la sociedad más que individuos que hacen valer su libertad y sus derechos. La dilucidación epistemológica y metafísica de este filo teórico en el que él se sitúa está, a mi modo de entender, por desarrollar de una manera monográfica.

Es muy probable que Ferlosio adscriba con excesiva facilidad la filosofía orteguiana de la historia a lo que llama él la concepción proyectiva de la historia, aquella que como un bulldozer aplana toda contingencia y la transforma en necesidad con vistas a darla un sentido unitario y teleológico. A mi modo de entender, Ortega no suscribe la visión condorcetiana del progreso humano, pero es verdad que parece extasiarse ante el espectáculo de la historia. Es la concepción estética o estetizante de la historia lo que Ferlosio rechaza de la visión orteguiana¹⁶. Si se lee con atención los textos que dedicó a Hegel, Ortega hace gala de una gran ambigüedad con respecto a su filosofía, por un lado desaprueba su idealismo, pero por

15 . « Discurso de Gerona », 1984, en *EA*, vol.II, pp.245-289, y en particular p.260.

16 . Véase *EA*, vol.II, p.531.

otro lado le fascina su visión « gengiskhaniana » de la historia, aquella que le hacía ver en Napoleón el Espíritu cabalgar¹⁷. Es esta visión dominante la que le repugna con razón a Ferlosio, pero olvida éste mencionar la pretensión orteguiana de una « metahistoria », de una « historiología » que renovase la manera de comprender la historia, como olvida también decir que en las premisas de la razón vital había elementos que le hubieran permitido a Ortega plantear en mejores condiciones su razón histórica : todo aquello que rebasa o limita la razón, su contingencia indómita, sus componentes de sinrazón y de sinsentido, algo a lo que fue sensible María Zambrano aunque insistiendo ella en la dimensión sacrificial y, por lo tanto, trágica de la historia.

En el fondo, la visión proyectiva de la historia, que Ferlosio tuvo el coraje de denunciar con ocasión de los fastos del quinto centenario, allá por 1992¹⁸, (esa que consistiría en decir: « sí, masacramos indios e hicimos desmanes de todo tipo, pero inculcamos en ellos el cristianismo, el conocimiento del castellano y los valores de la Civilización ») sería otro modelo muy distinto de historia sacrificial, una historia no asumida valientemente como efectivamente sacrificial, tal y como lo hizo Zambrano, sino presta ella misma, en cuanto saber o doxa común, a « sacrificar », sin ser consciente de ello, todo lo que de valioso haya podido haber en ella o bajo ella, a saber, la felicidad, el dolor y el presente. Cito a Ferlosio : “la proyección hacia el mañana (...) ha sido el nervio y la demencia del Progreso desde la Revolución

17 . Bien es cierto que Ortega caracteriza la filosofía de la historia en Hegel como “un pensamiento de faraón que mira el hormiguero de trabajadores afanados en construir su pirámide. A él debe el sistema de Hegel su carácter de sistema cerrado, sin evolución más allá de sí mismo, sin mañana”, « Hegel y América », 1928, (en *El Espectador*, VII y VIII, p.14). También es cierto que critica el evolucionismo y se da cuenta de la necesidad de comprender aquello que del pasado no tiene sentido para nosotros (ver *Las Atlantidas*, « El sentido histórico »). Ahora bien, es sobre todo en *España invertebrada* en donde Ortega se deja llevar por una retórica lírico-épica que le hace olvidar completamente lo silenciado por la Historia oficial : « El poder creador de naciones es un *quid divinum*, un genio o talento tan peculiar como la poesía, la música y la invención religiosa”. Y prosigue hablando de un “mañana imaginario capaz de disciplinar el hoy”, de un “Imperio [el británico en Rhodesia, sic] que podía ser creado en “la entraña salvaje del Africa”. Poco después nos habla de “la genial vulpeja aragonesa” y de sus pensamientos “de alto vuelo” que sólo podían ser ejecutados por Castilla. Y prosigue : “La unión se hace para lanzar la energía española a los cuatro vientos, para inundar el planeta”. De cómo cierta retórica, por muy incitadora que quiera ser, corre el riesgo de cegarnos...Ver *España invertebrada*, Revista de Occidente en Alianza Editorial, nº13, pp.32 y 40-41.

18 . Me remito a uno de los ensayos más deslumbrantes y lúcidos de Ferlosio, uno de los pocos textos críticos que se pudieron leer por aquellas fechas, y que se titula « Esas Yndias equivocadas y malditas », 1988-1991, en *EA*, vol.II, pp.517-803. Su crítica a Ortega en p.563.

industrial hasta hoy, y el primero y tal vez el más alto « precio que ha habido que pagar por el progreso » es, sin duda, el presente”. Y, páginas más tarde : “La concepción proyectiva de la Historia (...) aquella en que hechos y acciones son siempre ponderados en función ya de aquello que subjetivamente se cree que pretendían, ya de lo que efectivamente se estima que alcanzaron, ya en fin, de aquello que objetivamente tenían prefigurado y a lo que objetivamente acabaron conduciendo. Sólo esta concepción (...) se presta de un modo u otro a dar razón del sufrimiento”¹⁹. Quizás sean algo injustas estas afirmaciones si se las atribuye en bloque al pensamiento orteguiano, a pesar de todo, uno experimenta cierto sinsabor cuando piensa que Ortega no fue suficientemente lejos en su visión de la historia, que llevado de su heletismo afirmó la variabilidad de la condición humana pero sin radicalizarla hasta sentir una extrañeza con respecto a su presente histórico, que enraizó la historia en la vida pero sin ahondar en sus laberintos más oscuros, que escuchó los clarines de la victoria sin prestar oído a los de la derrota y a los del sufrimiento. No es tanto el supuesto silencio de Ortega respecto a la Guerra Civil y a los horrores de la Segunda Guerra Mundial lo que en el fondo provoca desazón, sino el hecho de que no pensase hasta sus últimas consecuencias el acontecer que ambas marcaban en la historia de la humanidad, que no respondiese a su llamada, la de desentrañar su insobornable y frágil sentido, es decir, acogiendo lo que de ellas había de irreductible sinsentido.

Ferlosio reproduce un fragmento de un pasaje de Ortega del que extraigo la frase, a mi entender, más significativa : “ « ¡Triste vida la que, inerte, deja pasar los instantes sin exigir que las horas se acerquen vibrantes como espadas ! »”²⁰. El que las horas se vuelvan vibrantes espadas es un signo de que Ortega al mismo tiempo que defiende una visión « presentificadora » de la vida (no olvidemos que es un « cartesianismo de la vida ») sostiene una idea del tiempo en tensión, proyectivo, como si de alguna manera la flecha estuviese en el arco, como si la vida fuese un « pro-grama », un « pro-yecto » a recorrer y trazar.

La visión ferlosiana de la Historia Universal, un tanto shopenhaueriana, por otra parte, es, en cualquier caso, radicalmente distinta de la de Ortega y en vez de aventura y heroísmo ve en ella religión, por escatológica, y miseria, por calculadora. En palabras del propio Ferlosio : « ...*el matadero de la historia* es la gran multinacional monopolista en el ramo industrial del sufrimiento humano. En este campo, la función del principio de intercambio consiste

19 . En « Mientras no cambien los dioses nada ha cambiado », 1986, pp.405 y 420, respectivamente, en *EA*, vol.II.

20 . Citado en « Esas Yndias equivocadas y malditas », 1988, op.cit., pp.532.

esencialmente en asignar a todo sufrimiento, toda matanza, toda depredación, todo sojuzgamiento, toda explotación, una valor positivo-crediticio- siempre dispuesto a verse coordinado en relación commutativa con ulteriores beneficios de grandeza, de progreso, de prosperidad, de civilización o de cultura, retrospectivamente consignados como rentas de aquellas necesariamente dolorosas y sangrientas inversiones, pero con gran incremento de valor y creación de riqueza a inscribir en el Haber del saldo siempre favorable de la historia humana »²¹.

A entender de Ferlosio, la mentalidad que mueve los hilos de toda esta visión proyectiva de la Historia Universal es la « mentalidad expiatoria », aquella que concibe el suceder histórico como una doble columna de haberes y deberes. Pensar que una muerte no fue en vano, en un conflicto político, es reconocer que estaba destinada a representar un sacrificio con vistas a un glorioso futuro, es afirmar implícitamente que la muerte albergaba un sentido por ofrecer, un haber a cambio de un debe. El tiempo se hipoteca a un futuro irrisorio (hoy en día pueden ser el Progreso, la Libertad de una nación, el Imperio de la democracia en el mundo o el Reinado absoluto de Dios, el que sea) que nos consuela y que, incluso, puede satisfacernos, pero que nunca podrá darnos felicidad, ni a una colectividad ni a cada uno de nosotros, porque aquella es estrictamente irreductible a una lógica de la equivalencia, a una visión presupuestaria y contable de la vida y del tiempo (histórico).

Es aquí en donde entra una dualidad crucial, a mi modo de entender, en el pensamiento ferlosiano, la establecida entre un *tiempo adquisitivo* y un *tiempo consuntivo*. La primera modalidad de tiempo es aquella que se presenta de manera acumulativa, sumando puntos en su haber y extrayéndose de ella siempre un resultado, una suma, una ganancia o pérdida. Es el tiempo tenso hacia el futuro, enajenado de su presente, vendido o hipotecado a su porvenir. Es aquel tiempo sometido a las fechas del calendario, sometido a una letra predefinida que la vacía de su ser. Ferlosio tiene una expresión feliz : « ¡Ay, las fechas están agazapadas en el calendario, igual que gatos junto a la ratonera, para matar los días en el instante mismo de salir ! »²², Como se puede apreciar, la concepción proyectiva de la historia se deduce, en cierta medida, de la modalidad adquisitiva del tiempo pues lo que hace aquella no es sino extender en forma de sentido y de *valores* colectivos lo que la primera enunciaba de un modo todavía algo abstracto. También la modalidad adquisitiva del tiempo es capaz de generar valores, aquellos que se refieren a lo imperecedero, a lo perdurable, a las consolaciones que

21 . En *El alma y la vergüenza*, Destino, 2000, pp.112-113.

22 . En *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, Destino, 1993, p.28.

nos damos, a los objetivos más o menos espurios que nos damos en nuestra vida profesional o afectiva. Es el tiempo que lo cura todo, sin darse cuenta que lo traiciona todo. El tiempo adquisitivo es el tiempo del fútbol, de los currículum, de las Olimpiadas, del politiquero electoralista, de las conmemoraciones, del terrorismo... Por el contrario, el tiempo consuntivo es un tiempo distenso, reconcentrado, embelesado -por así decirlo- en el presente, que no tiene otra finalidad que la de « solazarse » en sí mismo, manifestarse en toda su pureza, ser un don, algo gratuito que se nos ofrece en un eterno presente. Es el tiempo de los bienes, que son por definición perecederos y efímeros. A pesar de que Ferlosio diga que la vida es gris, él mismo parece reconocer que los bienes son el galardón de la vida, su más preciado tesoro²³, aquellas “verduras de las eras” de las *Coplas* de Manrique, de las que nos habla en su ensayo simpar *Las semanas del jardín*, aquel patinar cuyo gozo se agota y se recrea en sí mismo, aquellos indios que son felices porque sí, y que no comprenden por qué les hablan de un futuro mejor, aquellas marionetas que embelesaban a la niña sin necesidad de saber el argumento de la historia. En palabras del mismo Ferlosio : “...una unidad completa dentro de sí, que no se cumplía como un eslabón dentro de una cadena causal con un antes y un después (...) una autosuficiencia de la significación, del puro decir en sí, emancipado de cualquier impleción en un campo de sentido”²⁴.

En un neto y radical contraste, los valores pertenecerían a la vida raquíca y pacata que nos quieren vender, la de las vacaciones programadas, la de las bodas mercantilizadas, la de la vida asegurada y jubilada de antemano, la del ocio vampirizado por la « cultura » del sacrificio, del trabajo y del beneficio, la de la obscenidad de la vida privada que invade el neutral e impersonal espacio público.

Esta dualidad está inspirada por un agudo sentido crítico y por un hálito ético. El mismo lo reconoce en una ocasión : “La cuestión ética por excelencia es justamente desmontar de una vez esta mentalidad contable (...) y que consiste en hacer de la felicidad y del dolor partidas

23 “Siempre me ha parecido ver los toros diametralmente contrapuestos al deporte, porque el deporte se inscribiría en el tiempo adquisitivo, o sea, el tiempo de los valores, de la historia, mientras que los toros se inscribirían en el tiempo consuntivo, o sea, el *tiempo de los bienes, de la vida*”, (subrayado nuestro), (en « Los toros como antiEspaña », 1980, en *EA*, vol.I, p.85).

24 . En « Carácter y destino », Premio Cervantes, abril 2005, *Claves de razón práctica*, junio 2005, p.4. También puede consultarse *Las semanas del jardín*, « El caso Manrique », Alianza Editorial, pp.348 y 358-359. Y en *EA*, vol.II, p.406, leemos esto : “A esta forma de tiempo distenso y *sin futuro* del taíno o del aplanado se contraponen la forma del tiempo proyectivo, vendido o hipotecado a su propio *porvenir...*”, (subrayados nuestros). El contraste con respecto a Ortega es evidente.

mutuamente reductibles por relación de intercambio. La cuestión ética es escuchar la resistente protesta de la felicidad contra ese ser concebida como Saldo Deudor...”²⁵.

Me parece que hay, en este sentido, dos actitudes casi contrapuestas, la de Ortega y la de Ferlosio, pero que guardan paradójicamente un común parentesco : el de anclar la reflexión y la meditación filosófica en el presente, rasgo que Foucault consideró paradigmático de la modernidad desde Kant a Benjamin pasando por Baudelaire. Tanto el espectador orteguiano como el sondeador ferlosiano (pienso en sus pecios) miran sin embozo el presente, buscan lo que de intempestivo hay en la actualidad más incisiva, pero en Ortega la vida se explaya, amable y fluida, aunque pueda tener alguna arista, por los entresijos del paisaje, del diálogo, de tal obra de arte o espectáculo, mientras que en Ferlosio la vida es en sí mismo un entresijo apenas avizorado por entre el magma idiota de un mundo encajonado y enjaulado. Ferlosio no puede ser vitalista –nunca lo ha sido, por lo demás- pero parece añorar otra vida, no precisamente la eterna, la del más allá, sino una vida absolutamente intransitiva, sin fin ni programa ni sentido, algo que sólo Deleuze, desde unos presupuestos muy distintos que los de Ferlosio ha podido entrever en la segunda mitad del siglo XX.

Me pregunto si Ortega, en el fondo, no fue uno de los primeros en avizorar esa vida intransitiva. ¿No dijo acaso que la vida era un afuera, algo no precisamente encerrado en las cuatro paredes de la privacidad del yo ? El problema es que ese afuera supuso para él un peligro constante. Al fin y al cabo, el hombre –según él- tiene que ser fiel a su destino, tiene que actuar en la vida de tal forma que las circunstancias se amolden a su destino para que pueda ser feliz. El hombre tiene que escuchar la voz de su « vo-cación », una voz, una llamada que es previa a su voluntad y a su entendimiento, que en el fondo está escrita en él, antes incluso de que sea cuerpo, carácter y demás circunstancias externas²⁶. El yo o, lo que es lo mismo, su destino, puede ser fiel o no a sí mismo, ésta es su « libertad », pero no puede elegir su destino. En función de si escucha o no su vocación, el programa o proyecto de su vida, lo que está llamado a ser, el « sé lo que vayas a ser », su vida será auténtica o no. En palabras de Ortega : “Vida significa la inexorable forzosidad de realizar el proyecto de existencia que cada cual es. Este proyecto (...) es anterior, en el sentido de independiente, a todas las ideas que su inteligencia forme, a todas las decisiones de su voluntad. Más aún, de

25 . En *EA*, vol.II, « Apéndice. La mentalidad expiatoria », 1982, *ibid.*, pp.473-474.

26 . Ferlosio decía a propósito del calvinismo estas palabras : “Aquellos hombres que están destinados a la vida han sido elegidos en Cristo para la gloria eterna por Dios, *antes de la creación*” (« La predestinación y la narratividad », *EA*, vol.II, p.115)

ordinario no tenemos de él sino un vago conocimiento. Sin embargo, es nuestro auténtico *ser*, es nuestro destino. Nuestra voluntad es libre para *realizar o no* ese proyecto vital que últimamente somos, pero no puede corregirlo, cambiarlo, prescindir de él o sustituirlo. Somos indeleblemente ese único personaje programático que necesita realizarse. El mundo en torno o nuestro propio carácter nos facilitan o dificultan más o menos esa realización. La vida es constitutivamente un drama porque es la lucha frenética con las cosas y aun con nuestro carácter por conseguir de hecho el que somos en proyecto”, (subrayado nuestro)²⁷.

El texto de Ortega « Goethe desde dentro », del que he extraído esta cita, uno de sus ensayos más complejos y decisivos, expresa muy bien esa cercanía espiritual a Goethe que experimentaba, pero también una insatisfacción con respecto a su vida y a su obra, la de Goethe y la de él mismo. Goethe fue el hombre que más serenamente aceptó y asumió su destino, pero, al mismo tiempo, intentó escaparse de él, huir de él, se recluyó en Weimar, para desde la seguridad que le daba, mirar desde arriba el mundo y su vida propia. Yo me pregunto si acaso la Universidad Complutense fue el Weimar de Ortega, si en realidad no logró ser el auténtico náufrago que él quizá hubiera deseado. Incluso durante la Guerra Civil pareció rehuir su destino y no asumir el náufrago que era, recluyéndose más tarde en sí mismo, sin hacer una verdadera revisión de su obra anterior, sin realizar una verdadera segunda navegación...Fuese lo que fuese, para Ferlosio, el destino lejos de ser íntimo e intransferible es dictado por la historia y los verdugos, y seguramente le hubiera dicho, de vivir ahora Ortega, que lo que a éste le parece íntimo no es más que el fruto de una interiorización de algún mandato ajeno. “...la carne de una vida es reducida a simple soporte de la letra de un destino”. El destino no es una de las tramas de la vida, al igual que el carácter y el azar, sino su más indómito enemigo. El destino no es trayectoria sino tiro en la nuca...Y no hay cosa más triste en nuestros días, aunque podamos asentir a algunas de estas afirmaciones, que decir que Europa o la Democracia o el Mercado es nuestro destino, como si nuestra vida exangüe no nos diese ya ninguna capacidad volitiva...

A Ferlosio le revuelve las tripas que la realidad y la facticidad sean transformadas en fatalidad y en destino, que lo que es porque sí se tuerza para ser dador de un sentido ajeno. Ortega, a pesar de su inmenso talante y de su intensa generosidad para con la vida, en sus múltiples facetas, fue ciego a esa gratuidad de la vida que tanto le importa a Ferlosio *salvar*. Cito de nuevo a Ferlosio : “El destino es una mentira que llega a hacerse a sí misma verdadera

27 . En *Goethe. Dilthey*, Revista de Occidente en Alianza Editorial, n°24, p.19-20.

(...) La predicción del destino es la mentira que miente en afirmarse como *necesaria*, ya que, como predicción, no puede todavía ser verdadera (...) Atajar la mentira del destino, contradecirla desde la nada, desde el puro no ser, ya que tampoco hay verdad alguna con que refutarla, ésa es la única opción del albedrío (...) El destino es superstición, es una concatenación que se inventa (...) como una sugestión cada vez más pesada y más condicinante” (...) “una uniforme atmósfera culposa que *parece la trama misma de la vida* y que no es, en realidad, más que la mentirosa trama del destino que va logrando imponerse por verdad”²⁸, (subrayado nuestro).

Alguien diría que el « jesuítico » Ferlosio defiende el albedrío contra el « calvinista » Ortega, y, sin embargo, desde otros aspectos se podría invertir la relación. En cualquier caso, Ferlosio ve el destino como una verdadera mordaza inventada por otros, a partir de una concatenación ficiticia de causas y hechos, que sirve para sugestionar y condicionar a los sujetos. Siempre hay alguien que nos dice nuestro destino, que nos niega no lo que queremos ser, sino lo que somos y no somos, la multiplicidad que habita en nosotros. Por el contrario, Ortega ve el destino como una llamada íntima a la que hay que ser fiel. Pero, ¿cómo es el destino nuestro yo si habla antes de que tengamos voluntad y entendimiento ? ¿Un yo antes de que sea yo (y circunstancia) ? El destino parece hurtarse a todo tipo de explicación desde los principios del raciovitalismo. Quizá se trate de una idea límite, como en Kant, pero, desde luego, es un abismo de la razón vital. Da la impresión de que el destino en Ortega es una idea que es inmediatamente creencia, una creencia en la que quería creer, ¿acaso una consolación ? Pero alguien podría decirme : ¿no es acaso extrañamente vitalista la crítica del destino en Ferlosio ? ¿No será el albedrío otra creencia ? Me remito a ustedes, pacientes lectores, si quieren interrogarse sobre estas preguntas.

Ricardo Tejada (Université du Maine, Le Mans, Francia)

²⁸ . « Manzano », 1988, en *EA*, vol.I, pp.702-703.